

Largo rodeo hacia el Nirvana

George Santayana

Decir que el fin de la vida es la muerte, es decir una perogrullada, puesto que ninguna de las varias formas de inmortalidad que pueden sobrevenir es capaz de abolirla; a lo sumo, y en el mejor de los casos, vida y muerte quedarían formando, entre una y otra, el tejido de un destino más comprensible. El fin de una vida podría ser el principio de otra, siempre que el Creador hubiese compuesto su gran obra como un poema dramático asignando líneas sucesivas a los diferentes personajes. La muerte sería, entonces, no más que el traspunte dispuesto a preparar, al final de cada parlamento, la entrada del inmediato personaje llamado a continuar la tarea. O quizá, como algunos suponen, todos los personajes van siendo asumidos, uno a uno, por un solo Espíritu sobrenatural, quien —entre sus improvisaciones sin fin— se imagina a sí mismo viviendo, por el momento, dentro de este preciso sistema solar y social. En semejante monólogo universal no pasaría de ser, la muerte, un cambio de escena, o de metro, en tanto que en la marejada de una verdadera comedia, sería un cambio de actores. Toda voz, en cualquier caso, habría de ser silenciada, antes o después, y la muerte concluiría con cada una de las vidas —pese a todas sus posibilidades.

La recaída de las cosas creadas en la nada no es una fatalidad súbita, sino algo por naturaleza sereno, fácil y adecuado. Esto ha sido expuesto recientemente, de una manera muy nueva, por un filósofo de quien no esperábamos pareja lección: Sigmund Freud. Ha ampliado, ahora, su concepto del anhelo sexual o *libido*, en un principio general de atracción o concreción en la materia, análogo al Eros de los poetas de la antigüedad Hesiodo y Empédocles. Se han abierto, de pronto, las ventanas de la clínica mal ventilada: en la noche fría desaparecen el acre olor de los desinfectantes y los alaridos histéricos. Y lo que se nos da a entender es que, tanto la turbación del alma enferma, como su curación, nos llegan, después de todo, de las estrellas.

Celebro que Freud se haya resistido a la tentación de representar este principio de Amor como el único principio dentro de la Naturaleza. La unidad ejerce, en cierto modo, un hechizo maléfico sobre los metafísicos. Admitido que, en la vida humana, no le conviene al que es uno estar solo, pienso que la pura unidad no es menos estéril y desdichada en metafísica. En todo comienzo se requiere la pluralidad, la trinidad o por lo menos la dualidad, to-

da vez que se quiera alcanzar algo —hasta en el caso en que aquello que se apetece alcanzar sea, en efecto, el seno mismo de la Unidad, a costa de abandonar la existencia propia. Como Empédocles, Freud, ha introducido prudentemente un principio previo para que el amor pueda jugar con él; pero no de lucha (la cual no pasa de ser un incidente en amor), sino de inercia, o sea: tendencia hacia la paz y la muerte. Supongamos que la materia se hallaba originariamente muerta y por completo satisfecha de estarlo, y que todavía recae, siempre que puede, en su viejo equilibrio. Pero lo homogéneo, como diría Spencer, cuando es finito, es inestable, y la materia, no siendo probablemente coextensiva con el espacio, forma necesariamente conglomerados que tienen anverso y reverso. Las caras de tales cuerpos se hallan, según esto, distintamente expuestas a las influencias externas, y variamente relacionadas unas con otras. Esta desigualdad, incluso en lo que parece más perenne, está henchida de cambios, destinados a producir, con el tiempo, una complejidad maravillosa. Es la fuente de toda inquietud, de la vida y del amor.

Imaginemos, *dice Freud*¹, el organismo viviente como una vesícula indiferenciada de substancia excitable. Entonces su superficie, vuelta, como está, hacia el mundo exterior, quedaría diferenciada por su posición misma y serviría de órgano receptor de los estímulos. Este trozo de substancia viva flota en un mundo exterior que se halla cargado con las más potentes energías, y sería destruido si no estuviera provisto de un dispositivo protector contra los estímulos. (Por otra parte) la capa de sensibilidad cortical carece de dispositivo protector; contra las excitaciones que emanan de dentro ... Las fuentes más prolíficas de tal excitación son los llamados instintos del organismo ... El niño no se cansa nunca de pedir que le repitan el juego ... ; prefiere oír siempre el mismo cuento mejor que uno nuevo, será implacable en la identidad de la repetición y corregirá toda variante que pueda deslizar el narrador. Un instinto sería, pues, una tendencia, propia de lo orgánico vivo, a la reconstrucción de un estado anterior, que lo arruinado hubo de abandonar, bajo la influencia de fuerzas exteriores perturbadoras: una especie de elasticidad orgánica, o, dicho de otro modo, la manifestación de la inercia.

Si, por lo tanto, todos los instintos orgánicos son conservadores e históricamente adquiridos, y tienden a una regresión o reconstitución de algo previo, nos vemos obligados a atribuir todos los éxitos de la evolución orgánica, a influencias exteriores, perturbadoras y desviantes. El ser elemental no habría querido transformarse desde su principio, y no habiendo variado las circunstancias, se hubiera limitado a repetir su mismo camino vital ... Sería contrario a la naturaleza conservadora de los instintos el hecho de que el fin de la vida fuera un estado no alcanzado jamás hasta entonces. Dicho fin debía ser, más bien, un prístino punto de partida que el ser viviente abandonó alguna vez, pero hacia el cual tiende por todos los rodeos de la evolución. Podremos decir: la meta de toda vida es la muerte.

Durante largo tiempo, la substancia viva pudo ... tener la muerte a su fácil alcance ... hasta que las influencias reveladoras, exteriores, se transformaron y obli-

garon a la substancia a desviaciones cada vez mayores, alejándose del curso original de la vida, y a rodeos más y más complicados, hasta el logro del fin —que es la muerte. Esos rodeos hacia la muerte, fielmente mantenidos por los instintos conservadores, no serían, ni más ni menos, que el fenómeno de la vida tal y como lo conocemos.

Freud expone, con suma modestia, estas interesantes sugerencias, admitiendo que sean vagas e inciertas y —lo que es todavía más importante de advertir— míticas en cuanto a sus términos. Pero me parece que, a pesar de todo, son un admirable freno para las inepticias predominantes. Cuando oímos que hay, animando todo el universo, un *Élan vital* o amplio impulso hacia un ideal desconocido, pero único, los términos usados no son menos inciertos, míticos y vagos, que es falsa la sugerencia implicada. Falsa, quiero decir, respecto a la fuente orgánica de la vida y su aspiración, respecto a la sencilla naturalidad de la Naturaleza. Entre tanto, la sugerencia transferida por las especulaciones de Freud, es cierta. ¿En qué sentido pueden ser falsos o verdaderos los mitos y las metáforas? En el sentido en que —en términos desprendidos de los predicamentos morales o de la psicología literaria— pueden atestiguar el movimiento general y el resultado pertinente de los hechos materiales y pueden inspirarnos un sentimiento ecuánime en su presencia. En este sentido yo diría que la Mitología griega era verdadera, y era falsa la Teología calvinista. Los principales términos empleados en el Psicoanálisis han sido siempre metafóricos: *Deseos subconscientes*, *Principio del placer*, *Complejo de Edipo*, *Narcisismo*, *Censura*; sin embargo, pueden abrirse interesantes y profundas perspectivas, con estos términos, dentro del embrollo de sucesos de una vida humana, y se puede arrancar de nuevo con menos impedimenta y menos inhibición morbosa. “Lo defectivo de nuestra descripción”, dice Freud, “desaparecería probablemente si pudiéramos sustituir los términos psicológicos por otros fisiológicos y químicos”. Éstos también constituyen, únicamente, un lenguaje metafórico, pero que nos es familiar desde hace más tiempo, y son, quizá, también más sencillos. Todo discurso humano es metafórico en cuanto que nuestras percepciones y pensamientos son signos adventicios respecto a su objeto, como puedan serlo los nombres, y, en modo alguno, trasuntos de lo que está sucediendo en la profundidad de nuestra naturaleza. Pero, así como el ojo del cazador, dispuesto únicamente a una concisa imagen gráfica, puede trazar el vuelo del pájaro, al través del aire, con la suficiente precisión para alcanzarlo y derribarlo, así los mitos de un sabio filósofo acerca del origen de la vida o de los sueños, pueden, aunque expresados simbólicamente, revelarnos el movimiento pertinente de la Naturaleza y avivar en nosotros sentimientos cabales y esperanzas auténticas respecto a nuestro destino; pues el pájaro ese, sobre el que el cazador tira, es su propia alma. Ahora bien, creo que estos nuevos mitos de Freud, acerca de la vida,

así como los anteriores relativos a los sueños, están destinados a iluminarnos y purgarnos, de modo considerable, en nuestra propia vida. El espíritu humano, al despertar, se halla turbado; está apesadumbrado, sin saber bien por qué, y es presa de toda clase de ansiedades relativas a la nutrición, presiones, punzadas, ruidos y molestias. Según otro mito de la sabiduría, nace con pecado original; y las pasiones y ambiciones de la vida, tal y como vienen, no hacen sino complicar esta pesadumbre y gravarla sin hacerla menos incesante o gratuita. ¿De dónde esta fatalidad, y adónde nos lleva? Viene en la herencia y va a propagarse. Pero cuando nos preguntamos cómo la herencia pudo originarse o transmitirse, nuestra ignorancia de la Naturaleza y del pasado nos conduce al silencio o a vagas conjeturas.

Algo —llamémoslo materia— ha debido de existir siempre, y algunas de sus partes, bajo la presión de las otras, se han enrollado, como los muelles de un reloj, de modo tan violento y lamentable, que, cuando la presión se afloja, saltan súbitamente y se distienden con una sensación de alivio. De ahí nuestro anhelo por satisfacer las pasiones latentes con el solo placer fugitivo de hacerlo. Pero los agentes exteriores que han dado originariamente cuerda a este muelle, no cesan nunca de operar. Cada último estímulo le da una nueva vuelta, hasta que, al fin, salta, se afloja o se desquicia. De vez en cuando, las circunstancias les son propicias, y los agentes exteriores pueden incrustar en ese órgano primario otros subalternos. Cada impresión, cada aventura, deja una huella, o más bien una simiente detrás de sí; produce una complicación ulterior en la estructura del cuerpo, una nueva carga que tiende a repetir a tiempo y destiempo, el movimiento impulsado.

De ahí esa perenne docilidad o ductilidad que hay en la substancia viva, y la incapacita para acudir a recursos, recordar hechos e imaginar nuevas experiencias —gratas o espantosas—, cuando las simientes de la experiencia pretérita, fructificando, brotan en la mente. Cada acto inicia un nuevo hábito y puede implantar un nuevo instinto. Vemos cómo incluso gente ya no joven, es arrastrada, de pronto, por contagios políticos o religiosos, y hasta se deja ir a vicios extraños; no habría paz en la senectud y, sí, en cambio, una creciente obsesión por toda suerte de inquietudes, a no ser porque el tiempo, exponiéndonos a tantas influencias eventuales, debilita o descarga nuestras pasiones primitivas: somos, así, menos codiciosos, menos voraces, menos ilusos, menos generosos. Pero estos primitivos impulsos, debilitados, son naturalmente, con mucho, los más fuertes y los más hondamente arraigados en el organismo. Por eso, aunque un viejo pueda convertirse o adquirir una manía, se advierte, por lo general, un algo endeble en su celo senil, comparado con el entusiasmo de la juventud. No es tampoco edificante ver cómo un alma, en la cual están extinguidas las pasiones humanas elementales, llega a ser un hervidero de ocasiones fallidas.

En todo caso, cada nuevo hábito, al enraizar dentro del organismo, forma un pequeño eje o instinto de sí mismo, como un parásito, de manera que va desarrollando gradualmente un complicado mecanismo en que cada palanca y cada resorte mantiene sujeto al otro, y todos juntos tienen retenido al eje, permitiendo que se desenrolle paulatinamente, sin que, al mismo tiempo, deje de funcionar el reloj y conserve la pulida faceta que se encara con el mundo, limpia, inocente y apta para designar la hora del día en forma grata para el transeúnte. Pero existe una labor terriblemente compleja, y que marcha soterrada, de difícil impulso y precario equilibrio, trabada de secretos roces y de errores. No maravilla, pues, que con frecuencia el artificio llegue a descomponerse visiblemente o que se pare en seco; la maravilla está en que pueda marchar habitualmente. Pero tampoco se satisface con su propio girar, y cuando al fin desmontado, comienza de nuevo en la persona de un germen desprendido, y sucede que una porción de su substancia, con todos sus instintos concentrados y puesta en tensión enérgicamente, anhela repetir el experimento ancestral, todo este desarrollo no es en vano. Cada reloj, al marchar, da la hora, los cuartos, y a veces lo hace con sonidos seductores. A esas campanadas, las llamamos: sentimientos, propósitos y sueños; y es quizá porque estamos absortos en esta música mental, creyendo que suena por sí sola y que no necesita caja de música para producirlos, por lo que encontramos tamaña dificultad en concebir la naturaleza de nuestros propios relojes y estamos obligados a describirlos sólo musicalmente; esto es, como mitos. Pero la ineptitud del lado estético de nuestras mentes, para desenredar la naturaleza de los mecanismos, no priva a esas mentes de su propia claridad y eufonía. Sus diferentes notas tienen, además de vibración, la función cognoscitiva de indicar la hora y captar los ecos de sucesos lejanos o de madurar disposiciones internas. Esta información y esta emoción, sumadas a esos placeres incidentales que hay en la satisfacción de nuestras pasiones, constituyen la vida de un espíritu encarnado; lo reconcilian con esa externa fatalidad que ha dado cuerda al organismo y lo está gastando, y rescatan este organismo y todas sus obras de la indignidad de ser una vana complicación y un residuo del movimiento.

Que el fin de la vida sea la muerte puede parecer triste; sin embargo, ¿qué otro fin puede tener cosa alguna? El final de un sarao es el irse a la cama, pero su empleo consistió en reunir gente afín para pasar el tiempo gratamente. Una invitación a bailar no se considera ridícula por el hecho de no ser el baile eterno; los más jóvenes de entre nosotros, los más vigorosos, después de algunas horas, se dan por satisfechos de brinco y zarandeo. Este carácter transitorio de las cosas es esencial a su ser físico y, en modo alguno, triste por sí mismo; si llega a serlo es en virtud de una ilusión sentimental, la cual nos hace imaginar que quiere ser perdurable y que su fin ha de ser siempre renovado. Pero en una naturaleza sana, las cosas suceden muy de otro modo.

Lo que sí es, en verdad, triste, es fracasar algún impulso, a medio camino, y perder el objetivo de la trayectoria; lo doloroso es tener un órgano lacerado o destruido, cuando está en pleno vigor todavía y no se halla dispuesto a su sueño natural, a su disolución. No debemos confundir la desazón que no dejan de causarnos nuestros instintos insatisfechos, con el placer de satisfacerlos y descartarlos uno a uno. Si pudieran ser todos satisfechos armoniosamente, también nosotros lo estaríamos, de una vez para siempre y por entero. Sólo así, el nacer y el morir, coincidentes en todo, producirían el placer perfecto.

La misma perspectiva se encuentra en otro sabio mito que viene inspirando, desde tiempo inmemorial, la ética y la religión de la India; me refiero a la doctrina del Karma. Según ella, nacemos con una herencia, un carácter impuesto, y una larga tarea previamente asignada, y todo ello por culpa de esa ignorancia que, en nuestras vidas pasadas, nos llevó a todo linaje de compromisos. Tenemos que responder de esas obligaciones, libertando, dentro de nosotros, al puro espíritu, de sus cargas acumuladas: de deudas y de créditos, ambos por igual opresivos. No podemos desenmarañarnos por pura frivolidad, ni por suicidio; la frivolidad sólo puede engarfiarnos tenazmente en las garras del destino, y el suicidio sólo podría truncar nuestra miseria, a costa de dejarnos un fracaso patente para siempre. Cuando la vida se entiende como un proceso de redención, sus varias fases son tomadas, una después de otra, sin prisa y sin apego injustificado; su ir y venir tiene toda la vivacidad del placer, la santidad del sacrificio y la belleza del arte. La cuestión está en haber expresado y descargado todo lo que había latente en nosotros y a esta perfecta liberación es a la que, temperamentos distintos, asignan diferentes nombres llamándola: día perfecto, deber cumplido, ideal realizado, salvación del alma. La tarea, en todo caso, está definida e impuesta, dentro de nosotros, por la Naturaleza, lo reconozcamos o no; por lo tanto, podemos realizar un progreso moral o caer en errores realmente. La sabiduría y el genio están en discernir esta tarea prescrita y en realizarla recta y limpiamente, y sin distraernos.

La inepticia imagina, por el contrario, que cualquier rastro es digno de ser seguido, que estamos llenos de posibilidades (o bien que carecemos de ellas), que la vida comienza sin obligación alguna y que puede producir sin arriesgar capital o que la voluntad es vacuamente libre, en vez de ser una carga específica y un apretado nudo hereditario por resolver. Algunos filósofos, sin conocimientos propios, creen que las distintas y ulteriores complicaciones que el futuro puede reservarnos son las manifestaciones del espíritu; están, sin embargo, como ha indicado Freud, impuestas sobre los seres humanos por la precisión exterior y toman forma en el reino de la materia. Únicamente después de que los órganos del espíritu se han formado mecánicamente, puede el espíritu existir y puede distinguir lo mejor de lo peor en el

destino de esos órganos y, por consiguiente, en su propio destino. La existencia infinita es, en cierto modo, física y ambigua; no hay, en ella, escala ni centro. Las profundidades del corazón humano tienen un límite y de su oscuridad hay que culpar tan sólo a la ignorancia. Profunda y oscura, puede serlo un alma cuando nos asomamos a ella; serlo es perfectamente natural; pero la misma comprensión que puede descubrir nuestras oprimidas pasiones prístinas, y ahuyentar nuestros empecinados hábitos perversos, puede demostrarnos también dónde anida nuestra verdad. La Naturaleza ha trazado el camino de antemano; está lleno de cepos; pero hay también, en él, ciertas fragancias, y conduce hacia la paz.

NOTAS

¹ Freud: *Más allá del principio del placer*.